

Relaciones Responsables en el matrimonio.

Reflexiones basadas en 1 Pedro 3:1-7

Por Wilbur Madera

Para relacionarnos necesitamos a alguien más, ya sea el cónyuge, los padres, los hijos, los hermanos. Siendo sinceros, lo que sale de nosotros sin ningún esfuerzo en cuanto a las relaciones es considerar lo que los demás deben hacer hacia nosotros. Es decir, tenemos una alta expectativa de cómo debemos ser tratados por los demás. Somos prontos para recalcar el deber de los demás hacia nosotros.

Interesantemente, la Biblia nunca habla de esos anhelados derechos que tenemos en nuestras relaciones. No hay una carta de los derechos del hijo o del padre, o del esposo o del hermano. Más bien, lo que encontramos en la Escritura, es una lista de responsabilidades puntuales que debemos manifestar en todas nuestras relaciones.

El énfasis en la Biblia no está en lo que recibes de los demás, sino en lo que debes hacer hacia los demás. Por supuesto, porque esa es la actitud que emana del evangelio que nos enseña que el Señor Jesucristo, no pensó en sus derechos o privilegios, sino que se despojó de sí mismo y se entregó por nosotros. Esa es la misma actitud que debe reinar en nuestras relaciones. Debemos tener relaciones responsables, relaciones que enfatizan no lo que uno espera de los demás, sino lo que Dios espera de nosotros hacia los demás para Su gloria.

Pensando en el matrimonio, nuestro problema, muchas veces, es que estamos más preocupados por lo que suponemos que el otro debería hacer hacia nosotros que por cumplir cabalmente delante de Dios con nuestra responsabilidad personal.

Lo he visto, vez tras vez, en la consejería matrimonial y en mi propia experiencia marital: lo que notamos con mayor rapidez y facilidad es lo que nuestro cónyuge está haciendo mal y cómo no está cumpliendo con su responsabilidad. Realmente, este enfoque en el otro nos perjudica para avanzar y solucionar nuestros problemas en el matrimonio. Mejor debemos seguir el enfoque que la Escritura nos establece.

En vez de quedarnos a considerar lo que nuestro cónyuge necesita cambiar, debemos enfocarnos en lo que nosotros necesitamos cambiar. Es decir, enfócate en las responsabilidades que Dios nos ha establecido como esposo o como esposa.

La Biblia nos habla de estas responsabilidades en varios pasajes. Pero aquí estaremos considerando 1 Pedro 3:1-7. Comencemos con las responsabilidades de la esposa según 1 Pedro 3.

1. Sujétate a tu marido (v.1a)

“Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos”

Algunas esposas comienzan a ponerse bastante incómodas con esta primera responsabilidad. La palabra sujeción causa comezón con tan solo mencionarla. Quizá para algunas vienen imágenes de vejaciones, servilismo, abuso, humillaciones, y cosas semejantes. Pero nada podría estar más lejos del concepto bíblico de sujeción. Lamentablemente, por una supuesta aplicación de esta instrucción bíblica se ha cometido mucho pecado en contra de las mujeres.

De una vez debemos establecer que cuando recalcamos este deber bíblico para las esposas no estamos diciendo que la esposa debe ser la esclava del marido, que no puede expresar su opinión o perspectiva de las cosas o que simplemente tiene que obedecer ciegamente, sin usar discernimiento bíblico.

Eso no es sujeción. La sujeción es, básicamente, estar voluntariamente y con disposición, bajo la autoridad de alguien más. Y es importante recalcar que esto de la sujeción no sólo es para las mujeres casadas, sino para todos. La Biblia enseña que todos debemos estar sujetos a las autoridades que Dios ha puesto para guiarnos. Si alguien dice, “Mi única autoridad es Dios, yo no le hago caso a ningún ser humano”, esa persona necesita estudiar más su Biblia para que entienda este principio fundamental. Todo verdadero cristiano es una persona que vive voluntaria y dispuestamente bajo la autoridad que Dios ha puesto sobre él o ella.

En el contexto de 1 Pedro 3, ¿a qué se está refiriendo? El versículo 2 nos explica un poco más: *“Considerando vuestra conducta casta y respetuosa”*.

Una esposa que cumple esta responsabilidad se caracteriza por tener un claro reconocimiento de que Dios, quien es su autoridad suprema, ha establecido para ella, como mujer casada, una autoridad humana, así como el Señor también lo hace con todos sus hijos. En el caso de la mujer casada, su autoridad es su esposo. Su esposo es la persona establecida por Dios para guiarla, cuidarla y protegerla, es decir, para ser el responsable y quién dará cuentas a Dios por todas las personas que puso bajo su cuidado.

Entonces, una mujer casada que se sujeta a la autoridad de Dios, se sujetará también a quien Dios ha puesto como su autoridad designada. Mostrará, como dice Pedro, un comportamiento respetuoso y puro hacia su marido. Le hará saber a su marido, con sus comentarios y conductas que ella reconoce que él es quien tiene la responsabilidad de la dirección de ella y de sus hijos. No tomará decisiones individualistas, independentistas ni egoístas, sino considerará la dirección de su autoridad. En fin, la sujeción se ve en un profundo respeto en palabra y hecho, de la autoridad que Dios ha establecido sobre ti.

Pero seguramente, a muchas mujeres, tendrán preguntas tales como ¿Y si él no es un buen líder? ¿Y si no toma la iniciativa? ¿Y si no es sabio? ¿Y si...? Por supuesto, cabe la posibilidad de todas estas cosas, pero recuerden que el énfasis de la Biblia está en lo que cada uno debe hacer como su responsabilidad. No se angustien pensando en todas las posibilidades; más bien, ocúpense en lo que Dios pide de ustedes. No descuiden su responsabilidad por estar preocupadas por lo que está fuera de su control. Simplemente, mejor apliquen la instrucción y busquen maneras activas de respetar la autoridad que Dios ha puesto sobre ustedes.

2. Habla menos y haz más (v.1b)

“Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas”

Una de las grandes fortalezas de las mujeres es que esto de hablar se les da, generalmente, con mucha facilidad. Normalmente, esta habilidad es muy útil para muchas cosas. Pero cuando se trata de vivir en matrimonio, esta fortaleza puede ser usada en detrimento del mismo.

Muchas esposas viven diciendo a su esposo cómo se deberían hacer las cosas, qué cosas hace mal, qué cosas debería hacer como líder, etc. Y cuando el esposo no es creyente en Cristo, le tratan de predicar en cada oportunidad, diciéndole que está en pecado y se va a ir al infierno.

Aunque sin duda, todo lo hacen con una buena intención y la mayoría está pensando en el bien de su esposo o de su familia, el método que están usando no es el correcto, según 1 Pedro 3.

El mejor método es el del “callado”. Es decir, menos palabras y más acciones. No estamos diciendo que no hables, sino que hables menos. Y no estamos diciendo que no estés haciendo nada, sino que hagas más. La meta es que, como esposa, tus acciones hagan innecesarias las palabras.

Enfócate en vivir de tal manera que tus acciones sean el testimonio fiel de quién es Dios y qué ha hecho Dios en ti. Por eso, por ejemplo, agradece en vez de quejarte. Modela, más bien la conducta correcta, en vez de sólo exigirla. Trata a tu esposo como te gustaría ser tratada. Escucha con atención, no sólo quieras ser escuchada. En fin, Habla menos, haz más.

3. Dale prioridad a tu corazón (vv. 3-4)

Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios.

La belleza es otro elemento notorio de las mujeres. Todas las mujeres fueron hechas bellas por Dios. Esta bendición, a veces puede volverse un problema cuando el énfasis de la vida está en la belleza externa.

De ahí que el apóstol diga que como esposa seas muy sabia de no ser arrastrada por la corriente de la cultura sin Cristo que pone la vida como girando alrededor de lo que el ojo humano puede ver. La vida no se circunscribe a las marcas de ropa o zapatos que usas, ni a los ornamentos que pones a tu cuerpo, ni a ocultar las marcas del paso de los años, ni a todo lo externo.

Por supuesto, sin descuidar tu arreglo personal, hay algo que como esposa cristiana debe ser el énfasis de tu vida: tu corazón. Lo que eres, crees, piensas, decides, te caracteriza por dentro. Lo que el ojo humano no alcanza a ver, eso es de gran estima delante de Dios.

Es decir, desarrollar un corazón afable y apacible. Un corazón humilde y que no es conflictivo. Un corazón respetuoso, tranquilo, sabio, amable y generoso. Esta forma de ser es la fórmula para la belleza verdadera, porque la Escritura dice: “El corazón alegre, hermosea el rostro” (Proverbios 15:13). Si quieres que tu belleza externa sea evidente sin necesidad de tanta ayuda adicional y exterior, debes enfocarte decididamente en crecer en lo que perdura para siempre, en tu belleza interior.

Considera tu vida como mujer casada: ¿Cuánto tiempo, recursos y dedicación estás poniendo a tu belleza exterior? ¿Y a la interior, a la de tu corazón? Una de tus responsabilidades como esposa, es ocuparte en desarrollar un corazón que refleje cada vez más el carácter de Cristo en todas tus acciones y decisiones.

Hemos visto las responsabilidades de la esposa, ahora consideremos las responsabilidades del esposo. Es curioso que a las esposas le dedicaron seis versículos y a los esposos, sólo uno. Quizá tenga que ver porque a nosotros como varones nos gusta la versión corta de las historias. Pero, de cualquier manera, derivaremos tres responsabilidades para el esposo también.

1. Trátala con sabiduría (7a)

“Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente”

Siendo sinceros, una de las cosas con las que batallamos los esposos, es con nuestro deseo de comodidad. Tendemos a tomar el camino de lo que sea más fácil y más cómodo para nosotros. Pero aquí la Escritura nos está confrontando y llevando a salir de nuestra comodidad para tratar a nuestras esposas con sabiduría, inteligencia, conocimiento.

Esto implica mucha dedicación y diligencia. Debemos ser estudiosos, amplios concedores, volvernos exploradores, para ir descifrando los misterios y los tesoros que encierra nuestra esposa. Es decir, vivir sabia o comprensivamente con ella implica que dejes tu comodidad de llegar a casa y no hablar con ella, o conectarte inmediatamente a la televisión o pasatiempo favorito. Implica que tu prioridad número uno sea conocer a tu esposa para anticiparte a sus necesidades y deseos. Para que

sepas como servirle mejor como líder y autoridad. Recordemos que ser autoridad en los términos bíblicos, es ser un siervo. Estás para servir a tu esposa, no para mangonearla.

Vivir sabiamente con ella implica que la abrases cuando esté llorando en lugar de alejarte o pedirle que se vaya del cuarto. Implica comprenderla cuando está cargada o cansada. Implica escuchar todo lo que tiene que decir sin interrumpirla. Implica hablar con ella con prudencia, usando las palabras correctas y escogidas, el tono adecuado y los gestos apropiados.

Vivir sabiamente con ellas es tratarlas de tal manera de que no les quepa duda de que eres una autoridad confiable, digna de ser respetada, que siempre estás buscando lo que es mejor para ella y que la amas como a tu propia carne. Todo esto requerirá mucha constancia, dedicación e intencionalidad.

2. Trátala con honra (7b)

“Dando honor a la mujer como a vaso más frágil”

La idea detrás de este versículo es que tienes en tus manos una pieza de arte finísima, apreciadísima, y muy delicada que debe ser tratada con extremo cuidado y cariño. Dios ha puesto a su hija en tus manos para que la cuides, protejas y ayudes a florecer. Debes tratarla con honra, de acuerdo con lo especial que es.

Por eso, habla bien de ella en público. No te estés quejando de ella ante los demás. No la humilles, ni exhibas sus faltas o debilidades. Al contrario, exalta sus atributos, sus cualidades.

Esfuézate por hacerle saber que es especial para ti. A través de acciones y palabras concretas, que no le quepa duda de que la consideras tu tesoro, la provisión de parte de Dios para tu vida.

Cuida que tus hijos la respeten y honren. No permitas que le hablen con desprecio o falta de consideración. Cerciórate que la honren obedeciéndola en sus instrucciones. No te confabules con tus hijos para reírse a costa de ella. En fin, enseña a tus hijos a honrar a su madre. De nuevo, esto requerirá intencionalidad, planeación y dedicación.

3. Trátala con dignidad (7c)

“Como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo”.

Tu esposa no es inferior a ti. Aunque Dios te haya dado la función o encargo de ser la autoridad en la familia, esto no debe ser entendido como que tu esposa es menos o está en otra categoría distinta de dignidad. Ella es coheredera contigo de la gracia de la vida en Cristo y debe ser tratada desde esa perspectiva.

Aunque tengan distintos papeles en el matrimonio, la dignidad y valor de tu esposa no queda en entredicho. Debes verla como alguien de igual valía que tú, que merece el mismo respeto que tú mereces y que es de igual dignidad delante de Dios.

Esto es tan serio, que si no la tratas así, tendrás problemas con el suegro. Tendrás problemas con su padre: nuestro Dios. Pedro dice que por tratar mal a nuestras esposas, las oraciones se ven afectadas. ¿Quieres tener una mejor comunión con Dios? Trata bien a tu esposa. Trátala como hija del Rey. Trátala como coheredera de la vida.

Por eso, escúchala antes de decidir. Toma en cuenta sus opiniones. Piensa en que cómo tus decisiones la afectan. No la menosprecies, no la sobajes, es hija del Rey y es coheredera contigo. Trátala con la dignidad de una princesa.

Nuestra tendencia es estar muy preocupados porque el otro cumpla su responsabilidad primero. Pero la Biblia nos llama hoy a enfocarnos en nuestra propia responsabilidad. Si eres esposa,

sujétate, habla menos y haz más y enfócate en tu corazón. Si eres esposo, trata a tu esposa con sabiduría, con honra y con dignidad.

Si nos damos cuenta, ambas listas de responsabilidades inician con el adverbio: “Asimismo” o “Igualmente”. ¿Asimismo respecto a qué o a quién? ¿Igualmente respecto a qué o a quién?

En el contexto anterior esos conectores hacen referencia a la actitud de Cristo, a la obediencia de Cristo, a las respuestas correctas de Cristo. Es decir, todo esto que Dios te pide como esposo o como esposa, es en virtud de que estás en unión con Cristo y que eres llamado a reflejar su carácter. Pero no sólo eres llamado, sino en virtud de esa unión eres habilitado para vivir de esa manera.

Por eso, en la gracia de Dios, demos los pasos necesarios para ir cambiando la dinámica de nuestra relación matrimonial. En la gracia del Señor, vivamos reflejando el carácter de Cristo, siendo el esposo responsable o la esposa responsable que Dios quiere que seamos. ¡Qué nuestro matrimonio refleje que Cristo es el centro de nuestras vidas para la gloria de Dios!